

MENENDEZ PELAYO Y EL HUMANISMO COLOMBIANO

Escribe: EDUARDO CARRANZA

— I —

Don Marcelino Menéndez y Pelayo ha historiado con suma lucidez y predilección de su alma, expresa muchas veces, tres siglos de poesía colombiana. Un hecho fundacional de nuestra patria queda señalado en las palabras que abren este trabajo suyo: "La cultura literaria en Santa Fe, destinada a ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la Conquista misma. El más antiguo de sus escritores es precisamente su fundador, el dulce y humano cuanto rumboso y bizarro abogado cordobés, Conquistador y Adelantado del que llamó Nuevo Reino de Granada".

Recuerda también Menéndez y Pelayo, conmovido, el episodio narrado por Juan de Castellanos, de aquellos españoles que, perdidos entre los Andes, compañeros de Quesada en su increíble marcha, asediados por el hambre y la flecha envenenada, por la verde soledad, por lo desconocido y la nostalgia, atravesando la selva y los ríos desbocados con la aventura al cuello, disputaban, cada quien su bando, acerca de las excelencias de la retórica tradicional de Castilla o de la nueva música deleitosa en que cantaban Garcilaso y su coro de poetas italianizantes. Iban los españoles —su lecho las duras peñas o los altos árboles— cantándole romances de guerra y de amor al estupor estrellado de la noche americana, enterneciendo el aire con endechas, y, a veces, el ramo de la fiebre en los ojos, contando historias de caballería y mitología para entretener el pavor de la selva delirante. Y así hasta llegar a lo alto de la primavera, a la tierra buena y jugosa, dorada por el maíz y ceñida por el agua como una red de fresca melodía: al que llamaron Valle de los Alcázares en donde el quijotismo de Quesada o Quijada o Quijote y los suyos les hizo ver castillos en las casas principales fabricadas con limpias cañas espejeantes. En las puertas la brisa hacía sonar musicalmente campanillas de oro; del oro, ruiseñor de la Conquista! Habitaban allí los muiscas, pueblo no nada guerrero sino melancólico, agrario y orfebre, el alma secularmente suavizada por una poética mitología y una religión que presiden deidades femeninas, la luna y el agua. Allí nacen —aguileños españoles, indias amorosas— la Nueva Granada, Colombia. Y desde el primer instante el humanismo y la poesía se incorporan, ya se ve, a la corriente sanguínea de su ser histórico. Bien pronto las heroicas aldeas perdidas bajo el cielo, que iban naciendo de la

semilla de hierro de las espadas españolas, van adquiriendo noble y pétrea fisonomía de villas indoespañolas, se tornan amables y doctas flores de civilización y compañía. Surgen por doquiera escuelas y conventos. Vuelan ángeles teólogos por la penumbra colonial. Y se deshoja en los murados claustros la rosa latina de las declinaciones. Se alzan al cielo las iglesias de la fe. Se enfrentan al mar las torres de la guerra. Se abren al aire lejano los suspirantes miradores del ensueño. Y, junto al docto latín del convento y la universidad, crece el castellano de la fe, la guerra y el ensueño.

Viene luego la era colonial o hispánica, callada, constructiva y organizadora: más asombrosa, si se quiere, que la conquista y su épico arrebato. Entonces, los cronistas de jugosa lengua, los discretos poetas, las controversias conventuales y las leyendas de miedo y amor. Hasta que llegan dos sucesos heroicos de la inteligencia colombiana: la Expedición Botánica de Mutis y de Caldas, que es la empresa científica más ancha y ambiciosa realizada hasta ahora por gentes de nuestra raza y que equivale, en su estilo y en su designio de ordenar y nominar las bestias y las plantas del Nuevo Mundo, a cualquiera gesta de los Conquistadores. Y el otro, la generación de los humanistas —la raza de los Caros y los Cuervos, pares y amigos de Menéndez y Pelayo— que habría de cubrir de honor cincuenta años de la cultura americana. Ya se ha venido entendiendo que es el nuestro un país de complexión humanística, que tiene nuestra patria un estilo, una figura clásica. Y que un aire de romanidad le dora la cabeza. Pues bien: todo un secreto anhelo colectivo, todos los anteriores gérmenes y latencias, toda una profunda vocación nacional, concurren para producir la figura titánica de don Miguel Antonio Caro, en quien alcanza su áureo coronamiento el secular esfuerzo colectivo de la nacionalidad colombiana hacia las disciplinas clásicas. Y para llegar a Rufino José Cuervo, de intento y obra casi geniales, que es, después de Nebrija, el más grande legislador de la lengua imperial.

— II —

No soy yo quien para agregar algo a lo mucho tan certero y hermoso que se ha dicho y escrito acerca de Menéndez y Pelayo particularmente en la ocasión reciente de su centenario. Lo que él significa como creador de la conciencia histórica nacional española lo ha definido Antonio Tovar con estas ceñidas palabras: “Algo retrasado en el tiempo, pero Menéndez Pelayo es por sí solo lo que para otras naciones de Europa son enteras escuelas históricas. España tiene en él solo algo equivalente al entero Risorgimiento italiano, o a la escuela histórica alemana, o a la obra de Taine, Fustel de Coulanges, Saint Beuve y otros tantos escritores e historiadores franceses, o a los trabajos de Alejandro Herculano y la adivinación de Oliveira Martins, en Portugal. Menéndez Pelayo fue lo que nadie supo ser en nuestro Romanticismo —seguramente por los hados desfavorables que pesaron sobre nuestra cultura nacional en la primera mitad del siglo XIX— y gracias a él no perdimos lo que quedaba de tradición”.

Pero este paladín de la tradición a la que entendía como sustento de la patria y subsuelo de la historia (sabía antes de que lo escribiera Francisco Luis Bernardez que “lo que el árbol tiene de florido vive de de lo que tiene sepultado”)— este restaurador del antiguo genio de España perteneció a su tiempo, que es la única forma de pertenecer a la historia. No fue, como algunos han querido, a fuerza de no leerlo, un académico regresista. Fue un escritor clásico, es decir creador, es decir renovador, es decir libre, poderoso, sanguíneo. Todavía nos llega su calor vital, el hálito de su jocundidad creadora, su simpatía y su modo entero y vivo, viviente, de ser hombre.

Y las cinco faces esenciales de su persona, sus modos de ser, los ha examinado Pedro Laín Entralgo en un libro magistral: “El más amplio y genérico es el de su condición de hombre católico. Dentro de él, su condición de español. Menéndez Pelayo es católico como cree que debe serlo un español consciente de su historia y de las peculiaridades psicológicas que como “español” le determinan. Pero esto no basta. Don Marcelino es lo que es, en cuanto el ser católico y el ser español se especifican en un modo concreto de serlo: el que le confiere su condición de historiador y el hecho de ser cada vez historiador. Menéndez Pelayo es católico y español con una conciencia histórica de hombre “moderno” cada vez más despierta y acuciante, adquirida por su fundamental condición de historiador. Unase a estas cuatro notas definitorias la de esteta y tendremos las cinco dimensiones cardinales en que se manifiesta la personal y creadora intimidad de don Marcelino, al menos en lo tocante a su obra escrita. Católico, español, historiador, hombre moderno, esteta”.

Otra cosa creó don Marcelino: la historia de la literatura de nuestra lengua. “El solo, dice Dámaso Alonso, quien ha estudiado con su habitual lucidez este aspecto de su persona, pobló un espacio inmenso de nuestra cultura común, organizó el caos de los intentos anteriores y redujo nuestra historia literaria a normas y rigor y método. Todo en esa su prosa que “parece que se pliega sobre la misma materia que interpreta y es como si reprodujera su relieve y la masa y los entresijos de su profundidad”.

Nos corresponde, una vez más, asombrarnos de este portento humano y de la magnitud catedralicia de su obra. “Voto a Dios que me espanta esta grandeza!”. Desde nuestra pequeñez y lejanía le vemos acumulando ciclópeamente libro sobre libro en el más asombroso espectáculo de creación continua, de fuerza genitora, que le aparea con otro monstruo, Lope de Vega, genio predilecto de su mente y de su corazón. Su obra es el más claro y alto monumento a la erudición aliada con la belleza que haya levantado jamás un hombre de nuestra estirpe. Ante la majestad, la vastedad y el poderío de su obra, ante su formidable avidez renacentista de saber, ante su gloria en la vida y en la muerte, nos vienen espontáneamente las palabras imperio e imperial.

En lo que a nosotros, hispanoamericanos, se refiere, vemos en don Marcelino Menéndez y Pelayo al primer historiador que tiene una visión universal de la lengua española y que intenta historiarla en su plena y hermosa totalidad; desde los más remotos balbuceos de la épica hasta los

ingenios del novecientos, en lo que alude a la dimensión temporal, y mirándola en conjunto en las cuatro orillas de los dos grandes océanos del mundo, en lo que alude a lo espacial. Nos emociona su magna historia y antología de la poesía hispanoamericana. Le vemos inclinado sobre nuestra verde y ansiosa historia literaria, estudiando, incorporando, exaltando, comprendiendo. Integrando, en suma, que es lo que hace falta. El sabía ya que la gravitación de los ciento treinta millones de hablantes del español en América y Filipinas requiere, antes de que sea tarde y para evitar posibles escisiones y separatismos, que se conceda por historiadores y antólogos, profesores y ensayistas, pareja atención a los escritores de aquende y allende el mar, cuando tengan estos un evidente valor universal hispánico. Y que se dé, a unos y otros, jerarquía pareja en el gobierno de la lengua.

En 1892 coinciden en Madrid, con aquello de maravilloso que tiene toda coincidencia, un historiador y un poeta: Marcelino Menéndez y Pelayo y Rubén Darío. El historiador interroga al pasado para fundar en él el porvenir. Es ya un hombre glorioso. Y tiene entre sus manos esa historia y antología de la poesía hispanoamericana con la que quiere incorporar nuestra literatura a la literatura universal de lengua española. El poeta tiene treinta años y un lucero en la mano. Y en el pesimismo ambiente, en la melancolía y el derrotismo finesecular, trae de nuevo a la poesía española la fe, el amor, la ilusión, la alegría. En la prosa del historiador y en la poesía del poeta se reúnen, en el rotundo 1900, se integran de nuevo, las regiones y naciones del imperio español, por milagro del verbo y de la fe. Los dos, el historiador y el poeta, son hombres esperanzados. Y creen en la validez y en el destino de nuestra estirpe. "Esperar, esperemos todavía".